

FIESTA MARÍTIMA

En circunstancias normales, en tiempos de paz, para cualquier nación el acto de botar ó echar al agua un buque de guerra, constituye uno de los hechos más salientes en la historia contemporánea de la Marina militar, no solamente porque implica el aumento de una nueva unidad á la fuerza naval, sino también por la emoción ó interés grande que de un modo imprescindible sienten cuantos tomaron parte en su construcción.

Emoción perfectamente esplicable para los que, conociendo los riesgos consiguientes á una botadura, anhelan ver en su verdadero elemento, la mar, al hijo ó fruto de sus trabajos, cuya gestación forzosamente debe realizarse en tierra firme.

No es extraño por esta razón, que en poblaciones como la del Ferrol, esencialmente marítima-militar, donde por desgracia no son frecuentes los partos de los Astilleros, se solemnize la botadura del mayor acorazado construido en ellos, y que la ciudad entera festeje el feliz suceso, sí como es de esperar, no se presentan los entorpecimientos que amargaron no ha muchos meses las esperanzas y alegrías de los hijos amantes de Cádiz.

De la satisfacción que la nación siente por el aumento de su escuadra, del orgullo que en la Marina despierta el producto de sus Arsenales y del entusiasmo manifestado por todo el pueblo del Ferrol al ver en el agua sin detrimento alguno el casco del acorazado *Cisneros*, participa quien esto escribe, alimentando la fundada esperanza de que no terminará el presente siglo sin que del mismo astillero caigan á la mar otros buques de mayor tonelaje, siendo condición precisa que todos, absolutamente todos los elementos que constituyan su armamento, sean productos españoles; empresa fácil de conseguir y que seguramente constituirá el lema de todo ministro que tenga á su cargo la suprema dirección de nuestra marina de guerra.

El Diputado á Cortes por El Ferrol,

F. VILLAAMIL

Esos son mis poderes.

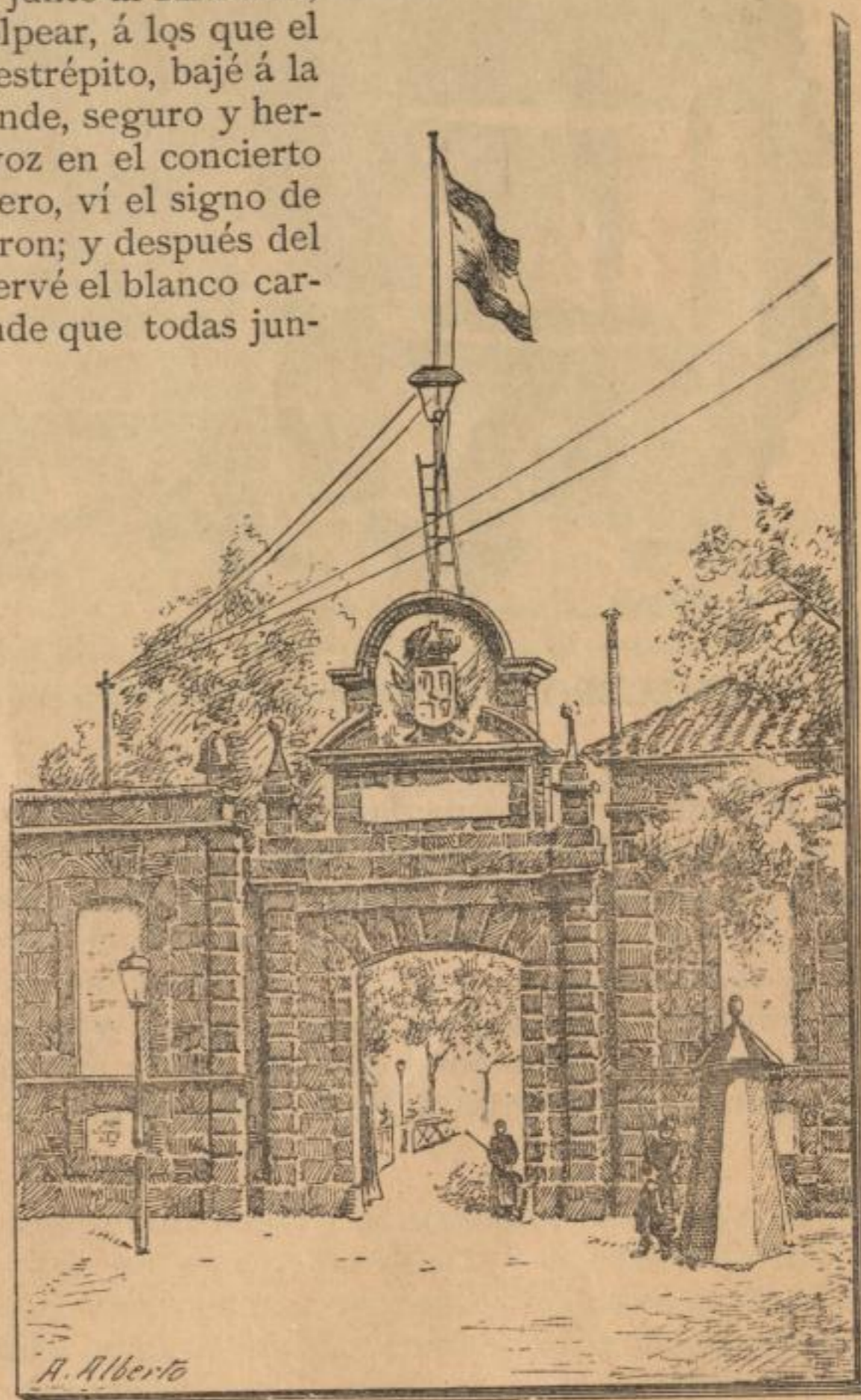
Según me contó un amigo mío, de los del trípode, á cuyo cargo dejo la responsabilidad del cuento, ó historia según él, y que no discuto, tuvo, no ha mucho, singular conferencia con Fray Jiménez de Cisneros, cuyo espíritu resplandeciente de gloria, acudió solícito y atento á la terrena invitación, pues para mostrarse complaciente, bastaba que la llamada procediese de un español, aunque fuera de la clase de los chiflados.

Y así dice que le habló el espíritu del buen Cardenal:

«Mientras en inefable dicha disfrutaba yo de celeste harmonía, junto al Altísimo, llegó hasta mí un descompasado ruido de martillazos en ferreo golpear, á los que el eco daba mi nombre: incitado por la curiosidad y guiado por el estrépito, bajé á la tierra, hasta dar de donde procedía aquél, que era de un puerto grande, seguro y hermoso cuánto puede desear un pueblo que aspire á hacer oír su voz en el concierto de las naciones marítimas. Allí, en la proa de enorme galera de acero, ví el signo de redención, muestra de piedad de las generaciones que nos sucedieron; y después del debido acatamiento á la cruz, á la que debí mi gloria inmortal, observé el blanco cartel con mi nombre, que lo tenía por suyo aquella galera, más grande que todas juntas fueran las que llevé un día á la conquista de Orán y con metal bastante para hacer corazas, cascos y coseletes para todas las milicias que yo armé por el Rey, cuando eché los cimientos de las fuerzas permanentes.»

«Vagando por aquella mole,—siguió el gran Cisneros— admiré la humana industria, asombrándome del modo como los hombres de hoy trabajan el duro metal, tan indómito en mis tiempos terrenales; hasta que me asomé á una barbacana y ví con gusto otra gran galera empezada, con el nombre de otro *Regente*, cual yo lo fui. Holguéme de verme en compañía de una tan excelsa dama, modelo de virtudes y patriotismo, pero pasé al otro lado y con asombro ví vacías tan hermosas gradas, las mejores de España, según rezaba un papel, que leía en alta voz un robusto mocetón del Seijo, que á la verdad me pareció de un color sobrado oscuro, hasta que caí en la cuenta de que era uno de los que por medio del fuego trabajaban el metal como si fuera cera, y que te aseguro, que si en otras partes se puede hacer tan bien, en ninguna mejor. ¿Pero como están vacías esas gradas? ¿Habéis olvidado los españoles cuales fueron mis poderes? ¿Habéis olvidado cuales fueron los de la patria en sus grandezas?»

«Llegué al castillo de popa de mi galera, allí donde pronto izaréis los colores de mi Sr. D. Fernando de Aragón, con el escudo de la Reina mi soberana, cuya unión origen de la noble España, es recuerdo que consoló mi espíritu entristecido de ver el puerto vacío de bajeles del Rey, de corsarios y de mercaderes, cuando pensé hallarlo lleno de naos y galeazas, de galeras, fustas y carabelas de las que hoy usáis, y cual con-



PUERTA DEL ASTILLERO